

# La educación y la cultura política en México: una relación agotada

VÍCTOR MANUEL DURAND PONTE \*

MARÍA MÁRCIA SMITH MARTINS\*\*

*Resumen: El objetivo fundamental de este artículo es mostrar que la relación entre la educación y los valores políticos no es lineal ni mecánica. La educación en México se asocia en sus fases tempranas (escolaridad básica) con valores autoritarios, derivados de las tesis de la Revolución mexicana: fomentar el estatismo y la adhesión acrítica al sistema político. En cambio, la escolaridad a partir de la educación media superior está relacionada con valores democráticos como la tolerancia, pero fundamentalmente con la capacidad reflexiva y crítica del individuo. La relación entre valores y educación se estudia en el contexto del cambio de los valores ocasionada por la modernización de la sociedad mexicana y por los procesos ligados a la globalización, con lo cual se muestra que la vieja relación entre educación y los valores está agotada.*

*Abstract: The central aim of this article is to show that the relation between education and political values is neither linear nor mechanical. Education in Mexico in the early stages (primary and secondary education) is associated with authoritarian values derived from the thesis of the Mexican revolution; encouraging statism and uncritical support of the political system. Conversely, schooling from junior high school onward is linked to democratic values such as tolerance, but primarily to the individual's reflexive and critical capacity. The relation between values and education is studied in the context of the change in values caused by the modernization of Mexican society and the processes linked to globalization, which shows that the old relation between education and values is no longer valid.*

## I. INTRODUCCIÓN

**E**N ESTE TEXTO EXAMINAMOS DE MANERA crítica la relación entre educación y los valores políticos en el contexto que impone la globalización. Hasta algunos lustros atrás la educación representó la más importante agencia socializadora de los viejos valores políticos posrevolucionarios, los cuales, justamente ahora, parecen estar en crisis. Decantados a lo largo de la historia, dichos valores fueron el cemento de la sociedad mexicana y permitieron su funcionamiento ordenado desde la década de los cuarenta. Actualmente, su índole autoritaria se ha vuelto un obstáculo para la democratización del país. La educación como sistema también experimenta una crisis: la coherencia entre sus funciones de socializar y de conformar el pensamiento crítico ha desaparecido y ahora cada función camina para el lado opuesto.

\* Dirigir correspondencia a la Secretaría de Asuntos Estudiantiles, Torre de Rectoría 11º piso, Cd. Universitaria, México, D. F., C. P. 04510; e-mail: vmdurand@servidor.unam.mx.

\*\* Dirigir correspondencia al Instituto de Investigaciones Sociales, Circuito Mario de la Cueva, Cd. Universitaria, México, D. F., C. P. 04510.

En el caso de que la transición política arribe a un sistema electoralmente democrático, hará falta su consolidación, es decir el enraizamiento de sus reglas, de sus valores, en el conjunto de la población para que pueda reproducirse de manera adecuada o sistémica. De lo contrario, la falta de consensos democráticos o la existencia de públicos no democráticos podría permitir que la transición se frustre o se disuelva en lo que Guillermo O'Donnell y Francisco Weffort<sup>1</sup> han llamado "la democracia delegada", en la cual priva el líder populista y no existe la idea de responsabilidad del gobernante, que debe ser base de la evaluación de los ciudadanos para emitir el voto. Esta responsabilidad se delega al líder y, si falla, no se le evalúa; se le abandona, lo cual da lugar a lo que algunos autores han llamado "creación de mayorías volátiles".<sup>2</sup> Para este proceso de consolidación es fundamental el papel que puede desempeñar la educación, pues, sin duda, es uno de los espacios más significativos para lograr la formación de esos consensos. Sin embargo, el cambio de los valores y del sistema educativo se encuentra enmarcado por la nueva realidad internacional que impone nuevos requerimientos a los países, por la relación entre educación y cultura vigente y por la estrategia del cambio, en parte determinada por lo anterior y, en parte, por los requerimientos de los valores, es decir, por el carácter reflexivo que entraña su uso. Intentamos recuperar dichos elementos para estudiar la relación y su cambio.

En las páginas siguientes dividimos el texto en cuatro apartados. Con la finalidad de establecer el contexto sociopolítico en donde se dará ese cambio de valores políticos y, consecuentemente, el reto a que nos enfrentamos como sociedad, en el primero abordamos la problemática que vive el país procurando resaltar los efectos de la globalización sobre nuestra realidad, es decir, buscamos establecer el contexto en que se desarrolla el recambio de los valores y de la relación de éstos con la educación. En el segundo abordamos el tema de la crisis de los valores políticos en México y procuramos aclarar sus orígenes, así como la necesidad de que experimenten un cambio. En el tercero presentamos un análisis detallado de la relación que hay en la actualidad entre educación y valores. Para ello estudiaremos la relación entre el nivel de escolaridad de los individuos mayores de 18 años y la cultura política desagregada en sus dimensiones afectiva, cognoscitiva y evaluativa. Nuestro objetivo es problematizar la relación mostrando la necesidad de analizar el proceso educativo en algunas de sus funciones: *a*) cognoscitiva o transmisora de conocimientos y habilidades para pensar; *b*) socializadora, que transmite valores a los educandos y *c*) la que contribuye a desarrollar la personalidad de los alumnos y establecer sus relaciones con la cultura política, separa los niveles de escolaridad y los relaciona con las distintas dimensiones de la cultura política. En el cuarto apartado consideramos la naturaleza reflexiva de los valores, su relación con la educación y sus efectos sobre las perspectivas del cambio de la relación entre educación y cultura.

<sup>1</sup> Francisco Weffort, "Novas Democracias Que Democracias?", *Lua Nova*, CEDEC, núm. 27, 1992, pp. 5-30, São Paulo. Guillermo O'Donnell, "Sobre o Estado, a democratização e alguns problemas conceituais", en *Novos Estudos*, CEBRAP, núm. 36, São Paulo, 1993, pp. 123-146.

<sup>2</sup> Edelberto Torres, "La democracia latinoamericana en la fragua", en *Modernización económica, democracia política y democracia social*, México, CES-Colmex, 1993, pp. 163-176.

## II. CARACTERÍSTICAS DE LA CRISIS ACTUAL Y SU RELACIÓN CON LA CULTURA POLÍTICA

La problemática que se vive en México desde el segundo quinquenio de los años setenta está inserta en el proceso de reordenamiento del contexto mundial. El hecho de que la determinación de los procesos económicos: producción, financiamiento, comercio, etcétera, hayan rebasado las fronteras nacionales significa que la economía se ha vuelto autónoma de la política y de las necesidades sociales de cada país. Con la posible excepción de los Estados Unidos, Alemania y Japón, ningún otro estado nacional tiene los recursos suficientes para intervenir, desde el Estado, sus economías. En el caso mexicano esta realidad es obvia y muestra lo vulnerable de la economía frente a las decisiones de corporaciones particulares o estatales tomadas fuera de nuestra nación. Como es archiconocido, la política económica —al menos desde 1985— se define en organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial y por el gobierno norteamericano: nuestras élites gobernantes y empresariales aceptaron un modelo de ajuste pasivo<sup>3</sup> a la nueva realidad mundial. Se aplica radicalmente la política económica neoliberal, se buscan equilibrios macroeconómicos mediante políticas monetaristas, como restricción sobre gasto público, alzas en tasas de interés, etcétera, sin procurar que los efectos sobre la población sean atenuados.

Los costos del ajuste pasivo elegidos por el gobierno desde 1982 son múltiples. Primero, se ha creado una dependencia cada vez mayor de los capitales internacionales, en especial los especulativos, para mantener el equilibrio financiero. A causa de ello México ha sido obligado a mantener tasas de interés increíblemente altas cuyos dividendos se pagan con deuda cada vez mayor, producto de los paquetes de ayuda o salvamento, o con la riqueza nacional que se transfiere a manos de los inversionistas, con lo cual se ha creado un círculo vicioso más grave que el que definió la crisis del modelo de sustitución de importaciones. La propuesta compensatoria de limitar la dependencia del capital extranjero con el ahorro interno sólo es viable si hay crecimiento y los fondos conforman recursos financieros de largo plazo para invertir productivamente. Pero aun si eso se logra, la decisión de invertir debe ir acompañada con la posibilidad de disponer de tecnología de punta, recursos de mercadotecnia y acceso a mercados, recursos controlados por las compañías transnacionales, por no hablar de los requerimientos de la deuda externa. El capital extranjero ha cobrado “carta de naturalización”.

El ajuste pasivo ha aumentado la dependencia del gobierno o, si se prefiere, ha disminuido su margen de maniobra política al estar atado a la política económica decidida desde fuera y depender de los capitales extranjeros para poder crecer, mantener el equilibrio de las finanzas, pagar el servicio de la deuda, etcétera.

<sup>3</sup> El concepto de “ajuste pasivo” alude a la aplicación ortodoxa de las políticas de ajuste diseñadas desde el FMI y el Banco Mundial, sin incorporar políticas compensatorias que protejan la soberanía nacional y los niveles de bienestar de la población, de los efectos negativos de las políticas de choque o de ajuste monetario macroeconómico.

Segundo, la autonomización de la economía tanto de la política como de la sociedad ha significado también un cambio radical en la organización y la política del gobierno. Durante el presente siglo el Estado obligó a la economía a distribuir sus ganancias en beneficio del conjunto de la sociedad, en el caso de los países desarrollados, y de algunos sectores (básicamente las clases medias) en los países subdesarrollados. La socialdemocracia fue el modelo más desarrollado de esa primacía del Estado. Eso se acabó: la economía se ha emancipado de la sociedad. Siguiendo el razonamiento de José Luis Fiori<sup>4</sup> podemos decir que la crítica, realizada a lo largo de los años sesenta, a la democracia como un régimen que llevaba a la ingobernabilidad debido al exceso de demandas de los sectores sociales corporativos que el Estado debía atender, fue el inicio de una ofensiva que acabó en la propuesta neoliberal de limitar las demandas sociales como requisito para hacer gobernables a las democracias. En los años ochenta la demanda se extendió a limitar al Estado, reducir su tamaño, destruir su papel de empresario público, acabar con la regulación estatal de la economía privatizando los bienes públicos para dejar la regulación en manos del mercado. En los años noventa, se impulsó un programa destinado a asegurar la homogeneización internacional de la política económica de corte neoliberal-conservador. El buen gobierno, o la buena gobernanación, pasó a ser sinónimo o resultado de la capacidad de los “reformistas” para acumular una concentración extraordinaria de poder<sup>5</sup> mediante la formación de una coalición amplia, sólida y permanente de poder que obtuviese la adhesión de la burguesía<sup>6</sup> una vez que, en la práctica, comprar la adhesión de las clases inferiores puede costar muy poco en lo referente a recompensas materiales.<sup>7</sup> Para eso los autores de ese proyecto proponen igualmente el aislamiento burocrático de un grupo de *technopols*<sup>8</sup> que pudiera comandar la economía manteniendo distancia de las presiones corporativas de la sociedad. En la misma dirección, buscando estabilizar las expectativas de los agentes económicos, son sugeridas reformas político-electorales capaces de aumentar el “índice de gobernabilidad” de la economía, asegurando la continuidad en el poder de la mayoría obtenida por la coalición construida para apoyar la ejecución de las reformas liberales. El nuevo “buen gobierno” tiene como objetivo, y como patrón de medida internacional de su eficacia, mantener los equilibrios macroeconómicos que permitan el buen funcionamiento de la economía internacional. Esto define una inversión de las prioridades de los gobiernos; ya no está primero el desarrollo social o el bienestar, sino el equilibrio macroeconómico. Así, las reformas ocasionan necesariamente un

<sup>4</sup> José Luis Fiori, “A governabilidade democrática na nova ordem econômica”, en *Novos Estudos, CEBRAP*, núm. 43, noviembre, São Paulo, 1995, p. 169.

<sup>5</sup> J. Nelson, “The Politics of Long-haul Economic Reforma”, en Joan Nelson y otros, *Fragile Coalitions: The Politics of Economic Adjustment*, Oxford, Transaction Books, 1989, pp. 3-36, citado por José Luis Fiori, 1995, p. 16.

<sup>6</sup> J. Whitehead, “The Political Management of Economic Adjustment and Reforma”, en Joan Nelson, 1989, pp. 79-94, p. 80, citado por José Luis Fiori, 1995.

<sup>7</sup> *Idem.*, p. 81.

<sup>8</sup> J. Williamson, “What Washington Means by Policy Reform”, en *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?*, Washington, Institute for International Economics, 1990, citado por José Luis Fiori, 1995.

empobrecimiento en las sociedades sobre las cuales se aplican y, al mismo tiempo, una separación de los sectores o grupos sociales de la política, lo cual reproduce la separación entre la política y la sociedad. En el caso de México el cambio de la política ha sido evidente, la separación de la política económica de los grupos sociales, en especial de los viejos sectores obreros y los campesinos corporativos, cuya ruina como organismos representativos es evidente. En el sexenio pasado se intentó desarrollar el “liberalismo social” como una doctrina compensatoria que llevara a un ajuste menos brutal sobre los niveles de vida de la población; pero el programa Solidaridad, que pretendió ser su prueba fehaciente, fracasó, entre otras razones por haberlo puesto al servicio de los intereses políticos del grupo gobernante. En la actualidad no hay intento de política compensatoria que cumpla cabalmente la separación entre la política y la sociedad. En estas condiciones, esperar apoyos importantes del gobierno para el cambio educativo suena como algo muy lejano, salvo por supuesto los ejercicios retóricos que, a falta de realidad, florecen todos los días en boca de los gobernantes.

Tercero, la nueva organización del capital a nivel internacional, la preponderancia de las nuevas tecnologías ahorradoras de mano de obra y del sector de servicios con las mismas características, entraña una menor utilización de la población económicamente activa del mundo. Las épocas del pleno empleo, como la keynesiana, han cedido su lugar a una economía con tasas de desempleo altas que son consideradas normales y permanentes. Incluso en los países desarrollados, la población económicamente activa, ocupada en el mercado formal, es menor a la mitad del total de la población económicamente activa; en nuestros países la proporción es aún más pequeña. Como lo ha señalado Manuel Castells,<sup>9</sup> en la actualidad la clasificación del Tercer Mundo ha dejado de ser útil, no sólo por la desaparición del Segundo Mundo (del socialismo), sino porque la nueva división atraviesa a los países y los divide en una parte que está integrada en la economía mundial y que goza de sus privilegios, y en otra parte —que no lo está— que constituye lo que él llama “el Cuarto Mundo”, un sector marginal que habita en los suburbios de las ciudades y en los campos empobrecidos de todos los países. En el caso de México, las reformas económicas han producido un costo social enorme: se han abatido los salarios, mutilado los contratos colectivos, cancelado conquistas obreras que significaban nivel de vida para los trabajadores. A lo anterior y ante el fracaso de ajustes anteriores enfrentados con prácticas más rígidas, se suma el desempleo cada vez mayor de la población económicamente activa. En los últimos 15 años, el empobrecimiento de la sociedad no tiene paralelo en la historia moderna, la cantidad de pobres y de pobres extremos no ha dejado de aumentar y la posibilidad de absorberlos parece muy remota. El empobrecimiento cada vez más señalado de las clases medias, como lo hace público el movimiento de deudores El Barzón,<sup>10</sup> es otro indicador claro de hacia dónde vamos. La crisis social está generan-

<sup>9</sup> Manuel Castells, “El comienzo de la historia”, *El socialismo del futuro*, vol. 1, núm. 2, Madrid, 1990, pp. 65-75.

<sup>10</sup> “El Barzón” es el nombre de un amplio movimiento pluriclasista de deudores de la banca (créditos agropecuarios, industriales, hipotecarios, para compra de automóviles, tarjetas de crédito, etcétera) que luchan por conseguir arreglos que benefician a ambas partes, pues el alza brutal de las

do la desorganización de la sociedad, la destrucción de identidades sociales; el aumento de las patologías sociales —como el crimen y el suicidio— ha incrementado los movimientos migratorios hacia las ciudades y hacia Estados Unidos, y crea un terreno fértil para la expansión del crimen organizado, del narcotráfico, con sus secuelas de destrucción de valores, de corrupción y creación de ilusiones. En síntesis, la dinámica social parece dirigirse a una polarización aún mayor y al incremento de los sectores pobres y marginales. Esta división en dos sectores tiende a agravarse por el tipo de ajuste pasivo que lleva a bajar los costos de la seguridad social para hacer competitivo al país. En el caso nuestro, la diferencia y distancia entre el México integrado y el marginal se hace cada vez mayor; la pobreza alcanza al 60% de la población y la pobreza extrema flagela al 40%; el deterioro de los servicios públicos como los de salud, educación, transporte, hacen que la vida de los pobres sea más dura y con menores perspectivas; las estrategias de sobrevivencia de las familias incluyen el trabajo infantil, y la prostitución de niños y jóvenes de ambos sexos.

En este contexto la crisis política, que por supuesto tiene otras causas además de la económica, tiende a tomar perfiles más graves. En efecto, la posibilidad de que se dé una transición a la democracia resulta más difícil y (en el caso de que se dé, limitándonos a su dimensión electoral) es poco probable que se consolide en una situación de marginalidad social cada vez mayor, que la población marginalizada y empobrecida pueda cambiar sus valores y desarrollar una cultura política democrática. En el actual gobierno vemos crecer más rápido a las fuerzas represivas, o de seguridad, que a los empeños por democratizar al sistema político.

Aquí aparece el problema de la estrategia neoliberal en los países atrasados como el nuestro. El gobierno, sobreendeudado y con márgenes de acción muy estrechos, es rehén de las políticas que exigen el equilibrio macroeconómico, con lo cual tiene que depender cada vez más del capital extranjero. En el proceso, pierde capacidad de financiar las políticas sociales; por el contrario, su tendencia es a limitarlas, lo cual imposibilita un mejoramiento en las condiciones de vida de la población. Al seguir las recomendaciones del Banco Mundial de aislar a los tecnócratas de la sociedad para evitar que el modelo de ajuste sufra presiones, el autoritarismo del gobierno mexicano se ha acendrado, es impenetrable a las presiones o a los problemas sociales. En virtud de que la reforma democrática “definitiva” ha sido postergada para después del éxito de la política económica, el gobierno ha ido administrando la apertura política resguardando para sí las decisiones que atenten contra su permanencia en el poder; por ello los canales de expresión de la población movilizadas se están dando fuera del sistema político, lo cual crea un clima de tensión e intranquilidad social.

Cuarto, junto a los procesos de marginación económica y política de la población, se presentan las demandas que ejercen las estados y organizaciones civiles de los países más desarrollados en pro de la democratización del sistema político, el respeto a los derechos humanos y la conservación del medio ambiente. El res-

tasas de interés y la decisión de los banqueros de cobrar intereses sobre los saldos vencidos, convirtió los préstamos en verdaderas pesadillas.

peto a los derechos de las minorías se ha vuelto un imperativo para los gobiernos locales, que ya no pueden soslayar las demandas como lo hacían cuando éstas provenían de actores nacionales. Esta presencia internacional ha favorecido el surgimiento de muchas organizaciones no gubernamentales y con ellas se han fortalecido las luchas de los grupos oprimidos y las banderas ecológica y de los derechos humanos, con lo cual se refuerza el tejido social. Hay una exigencia de modernización que junto a sus lados positivos, como la organización de los grupos oprimidos y la lucha por sus intereses, tiene el efecto de sobrecargar de demandas a los débiles gobiernos nacionales, lo cual crea efectos contradictorios a los intentos neoliberales de aislar a la política económica de las demandas sociales. Ante la separación de la política económica de la sociedad, se presenta una tendencia a que estos grupos se expresen utilizando canales fuera del sistema, como acontece en el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y del Ejército Popular Revolucionario (EPR), o como lo expresan las marchas a la capital, los plantones de huelga, las huelgas de hambre, cada día más frecuentes y perturbadoras del orden público.

Quinto, la transformación de los valores que ocasiona el nuevo proceso mundial es otra particularidad del proceso. En este plano se pueden señalar dos procesos que para México se tornan contradictorios. Por una parte está la universalización de ciertos valores y la presión externa para que sean cumplidos en todos los rincones del mundo, como son los derechos humanos, la tolerancia, la democracia, el respeto al medio ambiente, los derechos de las mujeres y los niños y niñas, los derechos de las minorías, etcétera. Por la otra parte, la prevalencia de los valores ligados al individualismo, que corre paralela al antiestatismo, la pérdida de la solidaridad social con la caída del Estado benefactor, la imposición de un racionalismo extremo, *rational choice*, como único motor de la acción social. Hay pues, junto a las reformas neoliberales, una batalla por imponer a la sociedad mundial una nueva moral acorde con el nuevo modelo. En los países con regímenes democráticos consolidados, ambos conjuntos de valores son complementarios y corresponden a lo que Inglehart<sup>11</sup> ha denominado “la revolución silenciosa”. En efecto, hay una tendencia a que las personas se orienten más por valores posmateriales, los que tienen que ver más con la calidad de la vida, que con los valores ligados a las necesidades, lo cual sería válido en sociedades (o parte de ellas) que lograron un nivel de bienestar significativo; el cambio a los valores posmateriales está acompañado con cambios en los tipos de participación política. Básicamente, los individuos se independizan de las organizaciones verticales como partidos políticos, sindicatos, etcétera, y pasan a actuar en una variedad de movimientos sociales de manera más autónoma y con mayor libertad personal; este último punto también ha sido documentado por los estudiosos de los llamados “nuevos movimientos sociales”.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Ronald Inglehart, Miguel Basáñez y Neil Nevit, *Convergencia en Norteamérica, comercio, política y cultura*, México, Siglo XXI Editores, 1994. Inglehart tiene una amplia bibliografía sobre el tema; cita-mos ésta en virtud de que se incluye el caso de México.

<sup>12</sup> Sobre los movimientos sociales y las nuevas formas de participación puede consultarse Alberto Melucci, “Un objetivo para os movimentos sociais”, *Lua Nova*, CEDEC, núm. 17, junio de 1989, São Paulo.

En el caso mexicano ambos grupos de valores se presentan como contradictorios debido al ajuste pasivo. Por una parte, el gobierno trata de imponer los valores ligados al individualismo, al mercado, la llamada “modernización”; y, por el otro, niega (o no puede atender, por las condiciones que ya hemos mencionado en los puntos anteriores) los valores ligados a la democracia y a una mejor calidad de vida, lo cual genera una contradicción que enfrenta a diferentes actores sociales y gubernamentales.

Sintetizando lo anterior encontramos un marco definido por una menor autonomía del gobierno en términos de política económica, una separación tajante de los intereses y problemas sociales de la definición de dicha política, una separación de los actores sociales de la política y, por ende, sus limitaciones para expresarse y tratar de influir por los canales institucionales y la presión que enfrentan sectores sociales para que sean adoptados valores que en el caso de México se presentan como contradictorios. Es decir, el cambio de valores en México y en las instituciones educativas se presenta en un contexto hartamente desfavorable. Por una parte, encontramos a un gobierno apoyado por los grupos empresariales, con escaso margen de maniobra, que renunció a la defensa de su población, que ha limitado el gasto social ocasionando su deterioro en perjuicio de la población, que ha cerrado los canales político-institucionales para la participación y procesamiento de demandas y que ha endurecido el autoritarismo del régimen como correlato a la incapacidad de resolver los problemas sociales. Por la otra parte, encontramos una sociedad con enormes problemas y con signos de reorganización autónoma, en parte impulsada desde el exterior, que tiende a expresarse fuera de los canales institucionales. Es decir, el cambio se dará como enfrentamiento entre sectores, como una lucha por la definición de un nuevo proyecto para la sociedad.

### III. LA CRISIS DE LOS VALORES POLÍTICOS EN MÉXICO

En el caso específico de México, el cambio de valores se presenta con una fuerza particular, pues a las presiones de la globalización y de la forma de ajustarse a la nueva realidad internacional se aúna la paulatina erosión de los valores tradicionales ligados a la Revolución mexicana.<sup>13</sup> Dicha transformación tiene al menos tres fuentes internas distintas aunque ligadas entre sí.

<sup>13</sup> Esta preocupación no es sólo nuestra, pareciera ser universal; como Jesús Mosterín escribe: “La situación cultural de nuestra época se caracteriza por el estrepitoso fracaso de todas las religiones e ideologías como guías de nuestra manera de pensar y de vivir. El derrumbe de estos viejos idearios nos ha dejado como naufragos intelectuales en un mar sin puntos de referencia. Nunca en el pasado los humanos (es decir, los seres humanos, hombres o mujeres) habíamos sido tan libres, ni habíamos estado tan bien informados como ahora. Y, sin embargo, nuestro desasosiego y desorientación son obvios, así como nuestra carencia de respuestas claras y soluciones compartidas a los problemas de nuestro tiempo, tanto personales como ecológicos y políticos”. Jesús Mosterín, “Grandeza y miseria de la filosofía analítica”, ponencia presentada al Seminario en Homenaje a Fernando Salmerón, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, México, UNAM, noviembre, 1995, p. 2.



En primer lugar, sin seguir criterios de orden o jerarquía, destaca la crítica intelectual realizada en las últimas tres décadas de la historia al *a)* abordar conceptos centrales de la cultura política mexicana como la “democracia a la mexicana”, y hacer evidente el carácter claramente autoritario del régimen político mexicano, criticar la inoperancia del presidencialismo exacerbado, la existencia del partido de Estado, el desmedido centralismo y la carencia de un verdadero Estado de derecho. En esta línea destacan los trabajos de Pablo González Casanova como *La democracia en México*, la obra de Octavio Paz y del grupo *Vuelta* y, desde luego, los trabajos de Daniel Cosío Villegas; *b)* analizar el nacionalismo, que muestra, como lo hace Roger Bartra, su lado autoritario, sectario, excluyente y sojuzgante, y *c)* reevaluar personajes antiguos (en la obra de Enrique Krauze) como Porfirio Díaz, que habían sido conformados como los paradigmas negativos de la historia mexicana y que han sido analizados buscando erradicar los preconceptos, mostrar los lados positivos y los negativos de su gestión e incluso reinterpretar épocas enteras (como en el trabajo de Arnaldo Córdoba sobre la ideología de la Revolución mexicana, o el de François Xavier Guerra, que realiza una espléndida reinterpretación conservadora del periodo de la Independencia hasta la Revolución de 1910, que desmitifica la idea de que la Revolución fuese la “partera” de los cambios posteriores y hace evidente que éstos ya estaban desarrollándose en los periodos anteriores). Tengan razón o no, han logrado poner en debate un conjunto de ideas y valores que antaño eran considerados como válidos y fuera de discusión y que conformaban el núcleo de la ideología del nacionalismo revolucionario y de la cultura política mexicana. Puede decirse que se ha perdido el sentido de la historia, su unidimensionalidad.

En segundo lugar, destaca la acción colectiva de una serie de movimientos que también han puesto en jaque a un conjunto de valores. Entre ellos sobresalen el feminista, que no sólo ha arrinconado al otrora orgulloso machismo mexicano,<sup>14</sup> sino que ha repercutido en la vida política reivindicando igualdad para las mujeres y el fin de su dominación por la parte masculina en todas las esferas de la vida pública y privada, el derecho a decidir sobre su sexualidad, y cuestionando algunos de los valores más acendrados de la cultura mexicana. Destacan, asimismo, los movimientos étnicos que, potenciados por el levantamiento armado del EZLN en enero de 1994, han recolocado el problema de la autonomía, de la desigualdad a que han sido sometidos durante siglos de dominación despiadada y de la necesaria reorganización del Estado mexicano para asegurar sus derechos y su continuidad como pueblos, como naciones. Los movimientos urbano-populares, ecologistas, antinucleares y de homosexuales también han hecho sus aportaciones a la crítica de valores establecidos. Junto a estas acciones colectivas de origen social, ha desempeñado un papel central el movimiento propiamente político por la democratización del régimen: los partidos políticos de oposición han conseguido, junto a una serie de otros movimientos civiles, logros importantes para poner en crisis al viejo régimen autoritario y a los valores que lo sustentaban, han arrinconado

<sup>14</sup> Como lo mostró hasta el cansancio el cine mexicano de la “época de oro”, en el cual el charro mujeriego, borracho y pendenciero era el personaje central.

al partido de Estado y al ejecutivo, obligándolos a ceder en la democratización en elecciones cada vez más limpias y creíbles, a desprenderse de su posición de autoridad suprema.

En tercer lugar, hay que señalar la acción de la modernización de la sociedad mexicana, básicamente el incremento de la urbanización y el aumento significativo de la escolaridad, el abatimiento del analfabetismo y el aumento de los años de estudio promedio de los mexicanos. Como es sabido, tales procesos de modernización están ligados a la secularización de los valores tradicionales, a su desacralización.<sup>15</sup>

El resultado de la acción de los tres factores señalados ha generado un debilitamiento de los antiguos valores, sin que hasta la fecha se pueda observar un conjunto de nuevos valores que orienten la acción social y pueda decirse que constituyan un nuevo orden. Por el contrario, lo que vemos es una pugna entre varios grupos por implantar sus valores, los “nuevos valores”. Desde el gobierno, apoyado por grupos empresariales y varios intelectuales, se impulsan abiertamente los valores liberales, ligados al nuevo orden económico mundial, al llamado “neoliberalismo”; mientras que otros sectores y organizaciones presionan por la democratización política y social, el respeto a los derechos humanos, etcétera. Lo que vemos, en resumen, es una lucha por el nuevo orden social y político. Tal lucha forma parte de la crisis política, que impide que las viejas reglas del hacer político y de hacer política ya no funcionen, digamos, “en automático”. El grado de incertidumbre se ha incrementado, por lo cual surgen las preguntas: ¿cuáles son los nuevos valores que pueden remplazar a los viejos? y ¿cómo puede la sociedad adoptar esos nuevos valores?

Antes de continuar, debemos analizar la relación actual entre la educación y la cultura política de los ciudadanos mexicanos, para saber cuál es el reto que habrá de superarse, qué es lo que tiene que transformarse.

#### IV. EDUCACIÓN Y CULTURA POLÍTICA EN MÉXICO<sup>16</sup>

Para estudiar esta relación, es necesario diferenciar algunas de las muchas funciones de la educación: la cognoscitiva forma intelectualmente a los alumnos, crea el sentido crítico, reflexivo, en el alumno; la socialización transmite a los alumnos los valores básicos de identidad nacional y local, los dota y los refuerza de valores morales; la formación de la personalidad coadyuva a que el individuo adquiera seguridad en sí mismo y confianza en las instituciones que lo rodean, lo cual le permite actuar como un ser autónomo, capaz de disentir, de oponerse, a sabien-

<sup>15</sup> Samuel P. Huntington, *A Terceira Onda, a democratização no final do século XX*, São Paulo, Editora Ática, 1994. Ronald Inghart, “Democratização en perspectiva global”, *Opinião Publica*, año I, julio-agosto de 1993, núm. 1, São Paulo, CESOP Unicamp, pp. 9-42. Carpeta fichas 2. Seymour Martin Lipset, “Reconsideración de los requisitos sociales de la democracia”, *Este País*, núm. 50, mayo de 1995, pp. 2-18.

<sup>16</sup> Una revisión de cómo ha sido tratado el tema en los textos sociológicos puede verse en Márcia Smith, “Educación y cultura política: análisis de una relación”, IISUNAM-CISEF, mimeo., 1995.

das de que es su derecho hacerlo. Como veremos, los años de escuela van dando al niño una formación que va desde lo afectivo (la conformación de identidades primarias) hasta lo cognoscitivo, que estimula su capacidad de pensar, de criticar, y con ello va dando lugar a la conformación de culturas políticas claramente diferenciadas, al mismo tiempo que se desarrolla una personalidad autónoma.

La información que utilizamos corresponde a la encuesta sobre la cultura política de los mexicanos levantada en 1993.<sup>17</sup>

CUADRO 1  
ESCOLARIDAD E IDENTIFICACIÓN CON LOS HÉROES NACIONALES MEDIDA POR  
EL PORCENTAJE DE "MUCHA ADMIRACIÓN" POR: MIGUEL HIDALGO,  
BENITO JUÁREZ, FRANCISCO I. MADERO Y EMILIANO ZAPATA

<i>Escolaridad</i>	<i>Porcentaje de "muchísima admiración"</i>			
	<i>Miguel Hidalgo</i>	<i>Benito Juárez</i>	<i>Francisco I. Madero</i>	<i>Emiliano Zapata</i>
Hasta 5 años	8 941 79.1	9 029 79.9	7 841 69.4	8 554 75.7
Primaria completa	4 701 88.5	4 701 88.5	4 166 78.4	4 313 81.2
Secundaria incompleta	1 329 80.6	1 376 83.4	1 243 75.3	1 258 76.2
Secundaria completa	2 799 79.9	2 887 82.4	2 433 69.4	2 382 68.0
Bachillerato incompleto	795 78.3	831 81.8	641 63.2	747 73.5
Bachillerato com. y ed. téc.	2 598 89.5	2 692 92.8	2 196 75.7	2 552 87.9
Educación superior o más	1 504 81.9	1 580 86.0	1 128 61.4	1 480 80.6
Total de las columnas	22 668 82.3	23 096 83.9	19 649 71.4	21 287 77.3

<sup>17</sup> La encuesta fue aplicada en octubre de 1993 a mayores de 18 años, consta de 2 280 casos, es representativa, a nivel del Distrito Federal, de las ciudades de entre 500 001 habitantes y más exceptuando el D. F., de las localidades de 10 001 a 500 000 habitantes y de las localidades de menos de 10 000 habitantes; asimismo, se levantó con base en una muestra multietápica hasta el nivel de vivienda y en éstas se seleccionó a los entrevistados por cuotas de sexo, edad y educación.

CUADRO 2

ESCOLARIDAD Y CONFIANZA EN INSTITUCIONES MEDIDOS POR EL PORCENTAJE DE CONFIANZA TOTAL EN LAS INSTITUCIONES SEÑALADAS

<i>Escolaridad</i>	<i>Familia</i>	<i>Gobierno</i>	<i>Iglesia</i>	<i>Vecinas</i>	<i>TV, radio, prensa</i>	<i>Sindicatos</i>	<i>Escuelas, maestros</i>	<i>Compañeros de trabajo</i>
Hasta 5 años	9 840 87.0	3 975 35.2	7 614 67.3	3 364 29.8	3 137 27.7	1 572 13.9	5 989 53.0	2 312 20.5
Primaria completa	4 613 86.8	2 012 37.9	3 600 67.8	1 518 28.6	1 504 28.3	1 077 20.3	2 769 52.1	1 420 26.7
Secundaria incompleta	1 420 86.1	650 39.4	924 56.0	469 28.4	397 24.1	383 23.2	720 43.6	561 34.0
Secundaria completa	2 930 83.6	614 17.5	1 428 40.8	344 9.8	358 10.2	290 8.3	1 036 29.6	296 8.4
Bachillerato incompleto	901 88.8	122 12.0	445 43.8	98 9.7	63 6.3	21 2.0	373 36.7	155 15.3
Bachillerato completo y educación técnica	2 519 86.8	607 20.9	1 148 39.5	485 16.7	409 14.1	288 9.9	1 401 48.3	456 15.7
Educación superior o más	1 546 84.2	240 13.1	212 11.5	150 8.2	18 1.0	22 1.2	513 27.9	297 16.2
Total de las columnas	23 768 86.3	8 220 29.9	15 371 55.9	6 429 23.4	5 887 21.4	3 651 13.3	12 801 46.5	5 496 20.0

<i>Escolaridad</i>	<i>Partidos políticos</i>	<i>Empresarios</i>	<i>Policía</i>	<i>Justicia y jueces</i>	<i>Diputados y senadores</i>	<i>Asociaciones de barrio</i>	<i>Militares</i>	<i>Organización campesina e indígena</i>
Hasta 5 años	1 523 13.5	1 189 10.5	2 132 18.9	1 911 16.9	1 928 17.1	2 456 21.7	3 184 28.2	4 422 39.1
Primaria completa	904 17.0	767 14.4	981 18.5	1 043 19.6	968 18.2	1 233 23.2	1 383 26.0	2 126 40.0
Secundaria incompleta	488 29.6	345 20.9	411 24.9	377 22.8	372 22.5	431 26.1	580 35.1	697 42.3
Secundaria completa	192 5.5	98 2.8	194 5.5	330 9.4	260 7.4	309 8.8	486 13.9	1083 30.9
Bachillerato incompleto	49 4.9	22 2.2	37 3.7	82 8.1	32 3.2	91 9.0	227 22.4	291 28.7
Bachillerato completo y educación técnica	352 12.1	414 14.3	346 11.9	605 20.9	499 17.2	550 19.0	678 23.4	1 184 40.8
Educación superior o más	93 5.1	50 2.7	48 2.6	116 6.3	55 3.0	336 18.3	139 7.6	414 22.5
Total de las columnas	3 602 13.1	2 885 10.5	4 149 15.1	4 465 16.2	4 114 14.9	5 406 19.6	6 677 24.3	10 218 37.1

1. En la parte afectiva de la cultura política parece haber un núcleo central formado por los símbolos patrios, alrededor de los cuales hay total consenso que no se modifica con el incremento de la escolaridad. Incluso cuando ésta es nula, tal consenso priva prácticamente en la misma intensidad. En el cuadro 1 podemos ver que los héroes de la Independencia, la Reforma y la Revolución gozan de la admiración de casi todos los mexicanos. Además, la cantidad de quienes no responden es mínima; todos los conocen y se reconocen en ellos. No contamos con información sobre otros símbolos patrios como la bandera nacional, el escudo o el himno, pero es muy probable que encontraríamos una respuesta similar. Este núcleo básico de identificación es transmitido a los niños por todas las instancias socializadoras y se quedan como referentes incuestionados, reforzados periódicamente por ceremonias y símbolos patrios.

Como parte de ese núcleo se encuentra, por una parte, la identificación con ciertas instituciones sociales, particularmente la familia (véase el cuadro 2), acerca de la cual todos los individuos, independientemente del nivel de escolaridad, afirmarán confiar plenamente en ella y, por la otra, está la convicción de que el Estado debe intervenir en la economía y en la vida pública para asegurar el bienestar de la sociedad (véase el cuadro 3)<sup>18</sup> y la simpatía que sienten los mexicanos por el presidente de la República en turno: 86% de los encuestados dijo que el presidente le agradaba, contra el 9.4% que afirmó que le era indiferente.<sup>19</sup>

El estatismo, contra lo que se podría suponer, se incrementa con la escolaridad; en cambio, la simpatía que los entrevistados sentían por Carlos Salinas de Gortari era independiente de la escolaridad. Al contrario de los símbolos patrios anteriores o de la confianza que se siente en la familia, estos indicadores muestran la relación de los mexicanos con las instituciones del ejecutivo, tanto en la presidencia como con el Estado. Hay claramente una relación de dependencia de los ciudadanos frente a esas instituciones, es decir, está poco desarrollado el sentimiento de autonomía individual, de ciudadanía independiente.

Frente a estos consensos básicos, encontramos un mundo de desconfianza tanto en la mayor parte de las instituciones, como en la propia capacidad de los mexicanos para influir en la política (los datos aparecen en el cuadro 2). La confianza que los mexicanos expresan ante instituciones como el gobierno, vecinos, medios de comunicación de masas, sindicatos, partidos políticos, los compañeros de trabajo, los empresarios, la policía, los jueces y la justicia, diputados y senadores, militares y asociaciones de barrio resulta baja y se incrementa con la escolaridad; es decir, a medida que el individuo tiene mayores conocimientos y mayor capacidad

<sup>18</sup> El término "estatismo" corresponde a la visión del Estado como responsable de los individuos; "paternalista", cuando los ciudadanos piensan que su bienestar depende de las políticas públicas y no de su esfuerzo personal. Este término se puede asociar fácilmente a la crítica neoliberal del Estado obeso e ineficiente, pero no entraña la necesidad de limitar al Estado a vigilar el buen funcionamiento del mercado, sin una responsabilidad social.

<sup>19</sup> La aceptación de la figura presidencial durante el sexenio de Carlos Salinas se podría deber al exceso de propaganda y manipulación positiva de la imagen; sin embargo, el aprecio por la figura presidencial y el orgullo por el gobierno fueron datos detectados por el trabajo original de Gabriel Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture*, Princeton, Nueva York, Princeton University Press, 1963.

reflexiva, su confianza en las instituciones decrece. Son excepción a lo anterior la Iglesia, la escuela, los maestros y las organizaciones campesinas e indígenas, que gozan de la confianza de la mayoría de los entrevistados. Como es conocido, la confianza interpersonal y en las instituciones de la sociedad es un dato básico de la cultura política cívica que garantiza la posibilidad de que el individuo colabore en la vida pública, en la cual cree, y que lo haga pensando que será respaldado. La desconfianza interpersonal, por ejemplo en los amigos o vecinos, y en las instituciones es un dato que remite al individuo a sus núcleos primarios: la familia; ciertas organizaciones tradicionalmente con gran fuerza moral: la Iglesia, la escuela y los maestros; o afectivamente valoradas (prejuicio positivo), como es el caso de las organizaciones campesinas e indígenas.

CUADRO 3  
ESCOLARIDAD Y ESCALA LIBERALISMO/ESTATISMO<sup>20</sup>

<i>Escolaridad</i>	<i>Liberalismo</i>	<i>Indeciso</i>	<i>Estatismo</i>	<i>NS/NC</i>	<i>Total</i>
Hasta 5 años	2 589 20.3	698 5.5	4 158 32.6	5 302 41.6	12 747 46.5
Primaria completa	1 207 20.6	378 6.5	2 534 43.3	1 732 29.6	5850 21.3
Secundaria incompleta	299 22.1	174 12.8	530 39.1	352 26.0	1 355 4.9
Secundaria completa	395 13.0	300 9.9	1 999 65.8	343 11.3	3 037 11.1
Bachillerato incompleto	69 8.3	16 1.9	686 82.9	57 6.9	828 3.0
Bachillerato completo y ed. técnica	211 9.6	129 5.9	1647 75.0	209 9.5	2 195 8.0
Educación superior o más	64 4.6	43 3.1	1182 84.4	110 7.9	1 399 5.1
Total de las columnas	4 833 17.6	1 736 6.3	12 737 46.5	8 106 29.6	274 117 100.0

En concordancia con lo anterior, es muy importante el dato de que para la mayoría de los entrevistados su autopercepción frente a la política sea negativa: opinó que no tiene capacidad para influir en ella; su “competencia frente a la política”

<sup>20</sup> Sobre la construcción de la escala, puede consultarse: Ma. Márcia Smith Martins y Víctor Manuel Durand, “La acción colectiva y su papel contradictorio en la construcción de la ciudadanía en México”, *Estudios Sociológicos*, México, CES-Colmex, núm. 38, 1995.

—como la llamaron Almond y Verba—<sup>21</sup> o su “eficacia” —como prefieren denominarla otros autores—<sup>22</sup> es muy baja. Los indicadores aparecen en el cuadro 4.

En estos indicadores la escolaridad no es un factor que incrementa la autovaloración de los ciudadanos frente a la política, pues muestra un comportamiento errático y tendencias heterosedásticas, es decir que no mantienen tendencias uniformes. Aun en los niveles de alta escolaridad, el porcentaje de los que están muy de acuerdo con las preguntas no llega a rebasar 50% de los casos. Así, junto al núcleo afectivo, patriótico, encontramos una baja confianza en las instituciones sociales y políticas (con las excepciones señaladas) y una baja eficiencia política de las personas; los entrevistados no creen en las instituciones y, quizá por ello, no creen poder influir en ellas.<sup>23</sup>

Es importante recalcar que la confianza de los mexicanos está depositada básicamente en la familia, en el núcleo familiar, lo cual tiene importantes consecuencias en el desempeño público de los individuos. La desconfianza en las instituciones, en las políticas principalmente, impide la agregación del ciudadano que tiene propósitos públicos y hace difícil la colaboración con otras personas, con desconocidos a los cuales suele ver como extraños o incluso como enemigos. La desconfianza en las instituciones públicas suele entrañar una visión pobre o negativa del derecho o de las leyes; se les ve como normas que en la realidad no regulan la acción social o política. Este tema, que ya ha sido tratado por algunos autores,<sup>24</sup> es de una importancia decisiva para la vida democrática basada en la pluralidad y en la incertidumbre, lo cual se opone a las relaciones primarias basadas en la familia, las cuales privilegian la lealtad, la certeza, la seguridad, la aceptación, la exclusión del otro.

En resumen, podemos afirmar que hay un núcleo básico de la cultura nacional respecto de los símbolos patrios en los cuales la escolaridad no parece influir. Al lado encontramos ciertas opiniones que reflejan fuerte apego al Estado, al cual se le atribuye la responsabilidad por el bienestar de los ciudadanos, y por la institución presidencial, con la cual todos se identifican o sienten agrado. Junto a este núcleo encontramos una cultura de la desconfianza en las instituciones y en la capacidad de los entrevistados para influir en la política que se mitiga con la escolaridad. Ésta genera mayor confianza personal, interpersonal y en las instituciones, la cual crea condiciones para la participación ciudadana. No obstante, la escolaridad no logra superar el síndrome de la desconfianza.

<sup>21</sup> Gabriel Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture*, *op. cit.*

<sup>22</sup> Ann L. Craig y Wayne A. Cornelius, “Political Culture in Mexico: Continuities and Revisionist Interpretations”, en Gabriel A. Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture Revisited*, Boston, Toronto, Little, Brown and Company, 1980, pp. 325-394.

<sup>23</sup> Se preguntó al encuestado acerca de la percepción que tiene de la ley: “¿Cree usted que las leyes que nos afectan más directamente tratan a todas las personas por igual o las tratan de manera desigual?”

Los resultados son muy similares: la mayoría, siempre superior al 70% de los casos, respondió que la ley trata a las personas de manera diferente. La mayoría también respondió que los diputados y senadores tienen otros intereses y no representan a la población. Es decir, los entrevistados no confían en la justicia ni en el sistema parlamentario de representación.

<sup>24</sup> Véase Larissa Lomnitz, “El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en México en 1988”, *Nueva Antropología*, vol. XI, núm. 38, México, 1990, pp. 45-82; Kenneth M. Coleman y Charles L. Davis, “Political Culture in México”, en Samuel H. Bares y Ann Arbos (comps.), *Politics and Culture Series*, The University of Michigan, Center for Political Studies, 1988.



CUADRO 4

ESCOLARIDAD Y CONFIANZA PERSONAL MEDIDA POR EL PORCENTAJE DE RESPUESTAS “MUY DE ACUERDO” Y “NO SABE” A LAS SIGUIENTES AFIRMACIONES: 1) “EL VOTO ES EL ÚNICO MODO DE DECIR AL GOBIERNO SI HACE BIEN O MAL”; 2) “NO CONFÍO EN QUE LOS FUNCIONARIOS DEL GOBIERNO SE PREOCUPEN MUCHO POR LO QUE PIENSAN LAS PERSONAS COMO YO”; 3) “A VECES LA POLÍTICA Y EL GOBIERNO PARECEN TAN COMPLICADOS QUE UNA PERSONA COMO YO NO PUEDE REALMENTE ENTENDER LO QUE ESTÁ SUCEDIENDO”; 4) “PERSONAS COMO YO NO TIENEN CÓMO INFLUIR EN LO QUE EL GOBIERNO HACE”

<i>Porcentaje</i>	<i>“Muy de acuerdo”</i>				<i>“No sabe”</i>			
	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>	<i>4</i>	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>	<i>4</i>
<i>Escolaridad</i>								
Hasta 5 años	4 765 42.2	3 978 35.2	5 022 44.4	3 960 35.0	2 414 21.4	2 550 22.6	2 436 21.6	2 824 25.0
Primaria completa	2 952 55.6	2 171 40.9	2 421 45.6	2 473 46.6	653 12.3	753 14.2	814 15.3	643 12.1
Secundaria incompleta	694 42.1	441 26.7	607 36.8	581 35.2	51 3.1	50 3.0	78 4.7	121 7.3
Secundaria completa	1 442 41.1	1 304 37.2	1 793 51.2	1 709 48.8	253 7.2	220 6.3	170 4.9	182 5.2
Bachillerato incompleto	375 36.9	246 24.2	438 43.1	403 39.6	2 .2	16 1.6	3 .3	5 .4
Bachillerato completo y educación técnica	1 118 38.5	842 29.0	812 28.0	1 083 37.3	47 1.6	12 .4	57 2.0	57 1.9
Educación superior o más	880 47.9	835 45.5	774 42.2	549 29.9	2 .1	8 .4		
Total de las columnas	12 226 44.4	9 817 35.7	11 867 43.1	10 759 39.1	3 422 12.4	3 609 13.1	3 558 12.9	3 832 13.9

2. En la dimensión cognoscitiva encontramos los mejores efectos de la escolaridad. Cuando indagamos sobre el poder de conceptualización de los entrevistados encontramos diferencias fundamentales. En las preguntas sobre el significado de “democracia”, de “ser de izquierda” y “ser de derecha”, encontramos que los entrevistados con una escolaridad de primaria incompleta o menos muestran porcentajes superiores al 70% de “No sabe” (véase el cuadro 5). Sólo a partir del bachillerato, más de las tres cuartas partes emitieron una respuesta sobre el significado de “democracia”; en el caso del significado de “ser de izquierda” o “de derecha”, este porcentaje sólo se alcanza en el nivel de educación superior. Es decir, la posibilidad de conceptualizar la política, de pensarla en abstracto, está íntimamente relacionada con la escolaridad y en especial con los niveles altos de escolaridad: de bachillerato en adelante, los niveles anteriores tienen poca influencia en la capacidad de los individuos para definir conceptos básicos de la política.

CUADRO 5

ESCOLARIDAD E INCAPACIDAD DE CONCEPTUALIZAR, MEDIDO POR EL PORCENTAJE QUE RESPONDIÓ “NO SÉ” A LAS PREGUNTAS: “¿QUÉ ES LA DEMOCRACIA?”, “¿QUÉ SIGNIFICA SER DE IZQUIERDA?” Y “¿QUÉ SIGNIFICA SER DE DERECHA?”

<i>Escolaridad</i>	<i>Democracia</i>	<i>Izquierda</i>	<i>Derecha</i>
Hasta 5 años	8 757 77.5	8 634 76.4	8 263 73.1
Primaria completa	3 729 70.2	3 612 68.0	3 371 63.5
Secundaria incompleta	947 57.4	928 56.2	1 003 60.8
Secundaria completa	1 686 48.1	1 766 50.4	1 698 48.4
Bachillerato incompleto	273 26.9	345 34.0	320 31.5
Bachillerato completo y educación técnica	1 055 36.3	1 077 37.1	1 273 43.9
Educación superior o más	152 8.3	303 16.5	250 13.6
Total de las columnas	16 599 60.3	16 664 60.5	16 178 58.8

Encontramos el mismo papel importante que desempeña la escolaridad en las variables “acceso a los medios de información” y el nivel de información que tienen los entrevistados; es decir, en la capacidad de los ciudadanos de informarse sobre la política y, con base en ello, participar. Como se puede observar en el cuadro 6, la

escolaridad introduce una diferencia apreciable entre los entrevistados que oyen o ven noticieros, que se enteran de los acontecimientos políticos mediante noticieros de televisión o de radio y de la lectura de periódicos o revistas. En este último caso los límites extremos de la escolaridad muestran una diferencia superior a los 60 puntos porcentuales, mientras que en las otras la diferencia es mayor al 30 por ciento.

El nivel de conocimiento político, medido por el hecho de saber el nombre de los gobernantes y representantes populares, diputados, senadores y presidentes de los partidos políticos, nos indica la misma importancia de la escolaridad (véase el cuadro 10). El 88% de los entrevistados sabía el nombre del presidente Carlos Salinas de Gortari; pero entre los de mayor escolaridad la cifra se acerca al 100%, mientras que en los de primaria o menos el porcentaje es de 83%, sin duda alto, pero 15% menor. Ya en el caso del nombre del gobernador, o del regente en el caso de la ciudad de México, las diferencias son apreciables.

CUADRO 6

ESCOLARIDAD Y PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS: "¿OYE O VE NOTICIEROS?" "¿CÓMO SE ENTERA DE LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS DEL PAÍS?"

<i>Escolaridad</i>	<i>Oye o ve frecuentemente noticieros</i>	<i>Ve noticias de T.V.</i>	<i>Oye la radio</i>	<i>Lee periódicos y revistas</i>
Hasta 5 años	1 713 15.2	8 755 77.4	7 634 67.5	3 107 27.5
Primaria completa	921 17.3	4 395 82.7	3 519 66.2	2 282 43.0
Secundaria incompleta	409 24.8	1 546 93.7	1 106 67.0	1 199 72.6
Secundaria completa	969 27.6	3 258 92.9	2 318 66.1	2 017 57.5
Bachillerato incompleto	421 41.5	974 95.9	685 67.5	666 65.6
Bachillerato completo y educación técnica	1 238 42.7	2 822 97.2	1 891 65.2	2 075 71.5
Educación superior o más	999 54.4	1 756 97.3	1 150 62.6	1 478 80.5
Total de las columnas	6 672 24.2	23 511 85.5	18 309 66.5	12 824 46.6

Mientras sólo poco más de un tercio de los que tienen primaria completa o menos conocen el nombre, los que tienen bachillerato o más rebasan los tres cuartos. En el caso de los presidentes municipales o delegados para el Distrito Federal, son

menores los datos de quienes los conocen, pero la diferencia es proporcionalmente mayor entre los extremos de la escolaridad. Los demás datos acerca del conocimiento de los diputados, senadores o presidentes de partidos políticos, son extremadamente bajos y sólo los de alta escolaridad alcanzan cifras cercanas al 10% que conocían el nombre de ellos. No hay duda pues de que la escolaridad es un factor básico, central, para la capacidad de conceptualizar la política y para acceder a la información sobre los acontecimientos políticos; por lo mismo, podemos pensar que es necesaria para razonar sobre la política. Sin ella los individuos son ajenos a la política o la política les es ajena; con poca escolaridad se participa, en general, de manera poco informada y sin capacidad de conceptualizarla.<sup>25</sup>

## CUADRO 7

ESCOLARIDAD Y PORCENTAJE DE LOS QUE SÍ CONOCEN EL NOMBRE DE LOS TITULARES DE LOS SIGUIENTES CARGOS: PRESIDENTE, GOBERNADOR O REGENTE, PRESIDENTE MUNICIPAL O DELEGADO, SENADOR, DIPUTADO FEDERAL, PRESIDENTE DE ALGÚN PARTIDO

<i>Escolaridad</i>	<i>Porcentaje que conoce el nombre de:</i>					
	<i>Presidente</i>	<i>Gobernador</i>	<i>Presidente municipal o delegado</i>	<i>Algún senador</i>	<i>Algún diputado federal</i>	<i>Presidente de algún partido político</i>
Hasta 5 años	9 424 83.4	3 764 33.3	4 387 38.8	227 2.0	105 .9	70 .6
Primaria completa	4 418 83.2	1 928 36.3	2 604 49.0	44 .8	20 .4	108 2.0
Secundaria incompleta	1 591 96.4	781 47.3	529 32.1	58 3.5	9 .5	77 4.7
Secundaria completa	3 253 92.8	1 975 56.4	1 647 47.0	136 3.9	120 3.4	55 1.6
Bachillerato incompleto	966 95.1	711 70.0	539 53.0	59 5.9	34 3.4	78 7.7
Bachillerato completo y ed. téc.	2 747 94.6	2 064 71.1	1 450 50.0	45 1.5	77 2.6	104 3.6
Educación superior o más	1 830 99.6	1 543 84.0	1 167 63.5	251 13.7	197 10.7	213 11.6
Total de las columnas	24 228 88.0	12 767 46.4	12 322 44.8	821 3.0	561 2.0	704 2.6

<sup>25</sup> Es muy importante diferenciar la capacidad *lógica* de conceptualizar que es innata al individuo. El uso del lenguaje entraña esa capacidad de abstracción, de dominar ciertos espacios o ámbitos sociales o universos de significación, como es el caso de la política.

CUADRO 8

## ESCOLARIDAD Y “¿EXISTE LA DEMOCRACIA EN MÉXICO?”

<i>Escolaridad</i>	<i>Sí existe</i>	<i>No existe</i>	<i>Algunas veces</i>	<i>No sabe</i>	<i>No contestó</i>	<i>Total</i>
Hasta 5 años	7 224 63.9	500 4.4	992 8.8	2 431 21.5	159 1.4	11 305 41.1
Primaria completa	3 693 69.5	345 6.5	411 7.7	862 16.2	2 .0	5 312 19.3
Secundaria incompleta	1 309 69.5	90 5.5	103 6.3	147 8.9		1 650 6.0
Secundaria completa	2 424 69.1	454 13.0	457 13.0	163 4.6	8 .2	3 505 12.7
Bachillerato incompleto	718 70.7	62 6.1	209 20.6	24 2.3	3 .3	1 015 3.7
Bachillerato completo y ed. téc.	1 953 67.3	414 14.3	425 14.7	108 3.7	2 .1	2 902 10.5
Educación superior o más	922 50.2	506 27.5	402 21.9	7 .4		1 837 6.7
Total de las columnas	18 242 66.3	2 372 8.6	2 998 10.9	3 742 13.6	173 .6	27 527 100.0

3. Podemos observar la capacidad crítica de los individuos mediante la evaluación que los entrevistados hicieron de distintas dimensiones de la política. En referencia al régimen político, la mayoría de los entrevistados (66.3%) respondió que la democracia sí existe en México (véase el cuadro 8). Las diferencias que introducen los distintos grados de escolaridad son significativas, los datos no son homosedásticos, no tienen una tendencia sólo ascendente o descendente; las mayores cifras corresponden a los valores medios de escolaridad: primaria y secundaria. En los niveles de baja escolaridad, las cifras de los que afirman que sí existe la democracia son bajas en razón de la cantidad de entrevistados que respondieron “No sé”. En los de mayor escolaridad la respuesta afirmativa tiende a disminuir sin que se llegue a romper la mayoría, y aumenta también la respuesta indecisa (algunas veces “es democrático”). Llama pues la atención que sea en los niveles medios donde se acredite más que sí existe la democracia sin respuestas dudosas o “No sé”; es decir, en estos niveles de escolaridad se crea una falsa imagen del régimen político, que coincide con lo que dice la Constitución de la República y con el discurso oficial, pero que no corresponde a la realidad. El conocimiento que transmitió la escuela en estos niveles se parece a un adoctrinamiento acrítico, por paradójico que parezca. Este dato concuerda con la falta de capacidad de conceptualización que hay

en tales niveles de escolaridad. Como lo mostramos antes, no existe la capacidad de crítica o, dicho en términos psicológicos, los individuos con dicho nivel de escolaridad no son autónomos, piagetianamente hablando. Al parecer el pensamiento político reflexivo aparece después de los niveles de secundaria. Esto obliga a formular la conclusión de que, hasta el nivel de la secundaria, el papel de la escolaridad ha sido reforzar al régimen político, lo que genera adhesiones con base en valores o imágenes desvirtuadas. Ha cumplido con lo que le exigió el régimen posrevolucionario.

Es importante señalar que el efecto de la educación básica sobre la cultura política de los individuos es la realización del proyecto estatal: socializar a los alumnos en los principios y valores derivados de la ideología de la Revolución mexicana, con su centro en un nacionalismo excluyente y autoritario; hacerles creer que el régimen es democrático y que el gobierno mantiene el compromiso con los sectores populares. Además, por supuesto, de reforzar la identidad con los símbolos patrios, lo cual genera una continuidad simbólica entre familia, comunidad, nación, gobierno, PRI, como si se tratara de lo mismo. Esta ideología se rompe con el aumento de la educación a partir del bachillerato.

La evaluación que realizaron los entrevistados sobre instituciones políticas como los partidos, el trabajo de los diputados y senadores y sobre la actuación del gobierno también muestran resultados interesantes. Respecto de los partidos políticos, la mayor escolaridad muestra una apreciación más positiva de los partidos; asimismo, se incrementa el porcentaje de los que consideran que los partidos defienden los intereses de los ciudadanos y que facilitan la participación de la ciudadanía en la política. En cambio, la mayor escolaridad está relacionada con una evaluación negativa de diputados, senadores y gobierno. Aquí se ve claramente que la mayor escolaridad rompe la adhesión acrítica a las instituciones legislativas, al gobierno y legitima la existencia de los partidos políticos (véase la información en los cuadros 9 a 11).

Creemos que esta pauta de respuesta de los entrevistados con alta escolaridad puede ser interpretada como un repudio al sistema actual y un apoyo al sistema de partidos relacionado con algo diferente, quizá con alguna opción. El caso contrario serían los grupos con baja escolaridad que presentan la pauta opuesta, una aprobación mayor de los legisladores y del gobierno y una mayor aprobación de los partidos. Se puede decir que es una visión más conservadora respecto del orden actual. Las frecuencias de "No sabe" confirman esta interpretación.

4. Con los datos anteriores podemos corroborar la existencia de tres públicos ligados al nivel de la escolaridad que comparten un núcleo básico de valores patrios que los iguala como miembros de una misma comunidad política, que se expresa en ese consenso básico, junto al cual existe, como un dato generalizado, un cinismo político que la escolaridad no logra romper. En el primer público la cultura política apunta a una concepción de la política como algo ajeno al individuo, algo que lo trasciende, que él no entiende y que se expresa en un "No sabe" generalizado. En el segundo público vemos que participa de forma heterónoma,

sin capacidad crítica sobre la política, que tiene una adhesión pasiva al régimen. En el tercer público los entrevistados participan críticamente, con capacidad de conceptualización y con información sobre los acontecimientos y personajes políticos. El primer público está relacionado con la baja escolaridad; el segundo, con una escolaridad intermedia (entre primaria completa y secundaria) y el tercero, con la escolaridad alta: bachillerato o más. No está de más señalar que tales relaciones esconden la presencia de otras variables, como el tamaño de la localidad vinculada con sistemas políticos patrimoniales, caciquiles y muy autoritarios, que produce la heteronomía de los individuos, así como instituciones sociales como la familia o la religión, más tradicionales.

CUADRO 9

ESCOLARIDAD Y "LOS PARTIDOS FACILITAN O DIFICULTAN LA PARTICIPACIÓN DE LOS CIUDADANOS EN LA POLÍTICA"

<i>Escolaridad</i>	<i>La facilitan</i>	<i>La dificultan</i>	<i>No sabe</i>	<i>No contestó</i>	<i>Total</i>
Hasta 5 años	4 950 43.8	2 693 23.8	3 422 30.3	240 2.1	11 305 41.1
Primaria completa	2 610 49.1	1 724 32.5	970 18.3	8 .2	5 312 19.3
Secundaria incompleta	1 130 68.5	384 23.3	133 8.1	3 .2	1 650 6.0
Secundaria completa	2 010 57.3	885 25.3	419 11.9	192 5.5	3 505 12.7
Bachillerato incompleto	665 65.5	310 30.5	11 1.1	29 2.8	1 015 3.7
Bachillerato completo y ed. téc.	1 819 62.7	930 32.1	137 4.7	16 .6	2 902 10.5
Educación superior o más	1 355 73.8	430 23.4	18 1.0	34 1.8	1 837 6.7
Total de las columnas	14 539 52.8	7 357 26.7	5 110 18.6	522 1.9	27 527 100.0

CUADRO 10  
 ESCOLARIDAD Y "¿CÓMO EVALÚA EL TRABAJO DE SENADORES Y DIPUTADOS?"

<i>Escolaridad</i>	<i>Excelente o bueno</i>	<i>Regular</i>	<i>Malo o pésimo</i>	<i>NS/NC</i>	<i>Total</i>
Hasta 5 años	5 368 45.2	3 444 43.3	1 397 38.0	2 537 65.2	12 747 46.5
Primaria completa	2 420 20.4	1 904 23.9	611 16.6	916 23.5	5 850 21.3
Secundaria incompleta	662 5.6	428 5.4	136 3.7	130 3.3	1 355 4.9
Secundaria completa	1 406 11.8	911 11.5	468 12.7	251 6.4	3 037 11.1
Bachillerato incompleto	389 3.3	315 4.0	118 3.2	6 .1	828 3.0
Bachillerato completo y educación técnica	1 095 9.7	494 6.2	571 15.5	35 0.9	2 195 8.0
Educación superior	545 4.6	457 5.7	379 10.3	18 .5	1 399 5.1
Total de las columnas	11 885 43.4	7 952 29.0	3 681 13.4	3 893 14.2	27 411 100.0

CUADRO 11  
 ESCOLARIDAD Y "¿EL GOBIERNO ACTÚA PARA FAVORECER LOS INTERESES DE UNOS POCOS O EN BENEFICIO DE TODA LA POBLACIÓN?"

<i>Escolaridad</i>	<i>De toda la población</i>	<i>Los intereses de pocos</i>	<i>No sabe</i>	<i>No contestó</i>	<i>Total</i>
Hasta 5 años	7 265 64.3	3 093 27.4	863 7.6	84 .7	11 305 41.1
Primaria completa	3 584 67.5	1 463 27.5	262 4.9	4 .1	5 312 19.3
Secundaria incompleta	1 014 61.5	616 37.3	20 1.2	1 .0	1 650 6.0
Secundaria completa	1 845 52.6	1 411 40.2	197 5.6	52 1.5	3 505 12.7
Bachillerato incompleto	453 44.7	488 48.1	67 6.6	7 .7	1 015 3.7
Bachillerato completo y ed. téc.	1 266 43.6	1 570 54.1	58 2.0	9 .3	2 902 10.5
Educación superior o más	720 39.2	1 095 59.6	20 1.1	2 .1	1 837 6.7
Total de las columnas	16 149 58.7	9 735 35.4	1 486 5.4	158 .6	27 527 100.0



La relación entre la escolaridad y los valores políticos nos muestra resultados que refuerzan nuestra hipótesis acerca de que la escolaridad en sus primeros niveles pareciera favorecer una cultura autoritaria como producto de la socialización. Los indicadores de adhesión democrática nos permiten evidenciar lo anterior. Los resultados están en el cuadro 12 e indican que la relación entre escolaridad y adhesión democrática no es lineal.

CUADRO 12

ESCOLARIDAD Y ADHESIÓN DEMOCRÁTICA, MEDIDA POR EL PORCENTAJE DE CON CUÁL AFIRMACIÓN CONCUERDA: 1) "LA DEMOCRACIA SIEMPRE ES MEJOR QUE CUALQUIER OTRA FORMA DE GOBIERNO"; 2) "EN CIERTAS CIRCUNSTANCIAS ES MEJOR UNA DICTADURA QUE UNA DEMOCRACIA"; 3) "DA LO MISMO SI EL GOBIERNO ES UNA DEMOCRACIA O UNA DICTADURA"

<i>Escolaridad</i>	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>	<i>No sabe</i>	<i>No contestó</i>	<i>Total</i>
Hasta 5 años	4 469 39.5	880 7.8	1 534 13.6	4 066 36.0	356 3.1	11 305 41.1
Primaria completa	2 454 46.2	629 11.8	971 18.3	1 179 22.2	80 1.5	5 312 19.3
Secundaria incompleta	867 52.5	165 10.0	451 27.3	138 8.4	29 1.8	1 650 6.0
Secundaria completa	2 094 59.8	722 20.6	340 9.7	337 9.6	11 .3	3 505 12.7
Bachillerato incompleto	808 79.6	83 8.2	87 8.6	36 3.5	1 .1	1 015 3.7
Bachillerato completo o ed. técnica	2 259 77.8	159 5.5	366 12.6	37 1.3	81 2.8	2 902 10.5
Educación superior o más	1 545 84.1	104 5.6	146 7.9	16 .9	26 1.4	1 837 6.7
Total de las columnas	14 498 52.7	2 741 10.0	3 895 14.1	5 810 21.1	585 2.1	27 527 100.0

En los primeros niveles encontramos una preponderancia del "No sabe"; pero en los niveles correspondientes a primaria y secundaria el "No sabe" tiende a disminuir y se incrementan las respuestas contrarias a la democracia. En cambio, en los niveles de alta escolaridad predomina claramente la adhesión democrática: a partir del bachillerato podemos decir que existe un consenso sobre la democracia.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Ángel Flisfisch, "Consenso democrático en el Chile autoritario", en Norbert Lechner (comp.), *Cultura política y democratización*, Santiago de Chile, Flacso, Clacso, ICI, 1987, pp. 99-126. El autor define el "consenso democrático" cuando los indicadores positivos de adhesión democrática representan entre 100 y 74% de las respuestas; "disenso democrático" cuando los porcentajes fluctúan entre 75 y 60%; "disenso" cuando están entre 60 y 40%; "disenso autoritario" entre 40 y 25%, y "consenso autoritario" entre 25 y el 0% de las respuestas.

Lo anterior se reproduce en los varios indicadores; detengámonos un poco en ellos. El primer indicador dice: "La democracia siempre es mejor que cualquier otra forma de gobierno" contra "En ciertas condiciones es mejor una dictadura que una democracia" o "Da lo mismo si el gobierno es una democracia o una dictadura". Las respuestas apuntan en la dirección ya indicada: con la escolaridad aumenta el porcentaje de respuestas favorables a la democracia; pero, como ya indicamos en los niveles bajos hasta secundaria, las respuestas negativas se van elevando hasta alcanzar 30% del total, para después disminuir drásticamente. Es decir, la falta de educación parece marginar al individuo de la política, la baja escolaridad se relaciona con un incremento en la adhesión democrática, pero también en la autoritaria, lo cual genera clientelas para gobiernos duros. En el segundo indicador: "La democracia es peligrosa porque puede provocar desórdenes" encontramos la misma relación no lineal: los que están "Muy de acuerdo" (indicador negativo a la democracia), se elevan hasta alcanzar el máximo entre los que tienen escolaridad de secundaria completa, para después disminuir. En este indicador, al contrario del anterior, no se manifiestan en ningún nivel consensos democráticos. Incluso en el nivel de educación superior el porcentaje rebasa por muy poco el 50 por ciento. Si agregamos las respuestas de "Muy de acuerdo" y "Poco acuerdo", por una parte, y "Poco desacuerdo" y "Mucho desacuerdo", por la otra, vemos que, hasta la secundaria completa, las respuestas negativas son muy superiores a las positivas.

Nos parece claro que, en términos generales, la adhesión democrática en México aún era pobre, y es difícil pensar que haya cambiado significativamente en los últimos dos años; también resulta evidente que la escolaridad sólo se asocia claramente con la democracia a partir del bachillerato. En los niveles anteriores, y una vez superada la no participación (los "No sabe"), su efecto sobre la adhesión democrática parece dividirse, polarizarse, y aparecen sectores claramente autoritarios o antidemocráticos.<sup>27</sup>

Respecto del valor de la tolerancia, contamos con los indicadores que aparecen en el cuadro 13. En general observamos un efecto positivo de la escolaridad. Cuando se preguntó su opinión a los entrevistados sobre: "En nuestro país existen personas que piensan con ideas diferentes a las de la mayoría de la población. En su opinión, estas personas: 1) deben obedecer la voluntad de la mayoría y dejar de lado sus ideas; 2) pueden tener sus ideas, pero que no intenten convencer a los demás; 3) pueden tener sus ideas e intentar convencer a los demás".

Encontramos que sólo el 22.2% de la muestra eligió la tercera opción como respuesta, lo cual representa un promedio bajo de tolerancia pública. El 49.9% eligió la tolerancia privada:<sup>28</sup> que cada uno piense lo que quiera mientras no lo exprese, y sólo 13.0% opinó que las minorías deben obedecer a las mayorías y de-

<sup>27</sup> Un análisis más amplio del tema de la adhesión democrática puede verse en Ma. Márcia Smith Martins y Víctor Manuel Durand P., "La acción colectiva y su papel contradictorio en la construcción de la ciudadanía en México", *Estudios Sociológicos*, México, CES-Colmex, núm. 38, pp. 309-340.

<sup>28</sup> Usamos los términos "público" y "privado" sólo para diferenciar el acto de pensar y el de expresar. La diferencia apenas descriptiva sirve para ver la importancia de la intolerancia extrema de los que piensan que no se debe, ni siquiera, pensar diferente, una especie de intento de cancelar la subjetividad.

jar de lado sus ideas. Entre los que eligieron la opción tolerante, hay una clara influencia de la escolaridad, pues dicha respuesta se incrementa de manera notable. En este caso, lo no lineal de las respuestas difícilmente se puede imputar a los distintos niveles; más bien pareciera que está reflejando el efecto de otras variables, quizá tamaño de la localidad o alguna otra que no podemos determinar en este trabajo.

CUADRO 13

ESCOLARIDAD Y TOLERANCIA MEDIDA POR LA PREGUNTA "LAS PERSONAS CON DIFERENTES IDEAS DEBEN: 1) OBEDECER LA VOLUNTAD DE LA MAYORÍA Y DEJAR DE LADO SUS IDEAS; 2) PUEDEN TENER SUS IDEAS, PERO QUE NO INTENTEN CONVENCER A LOS DEMÁS; 3) PUEDEN TENER SUS IDEAS E INTENTAR CONVENCER A LOS DEMÁS"

<i>Escolaridad</i>	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>	<i>No sabe</i>	<i>No contestó</i>	<i>Total</i>
Hasta 5 años	1 808 16.0	4 462 39.5	2 165 19.2	2 271 20.1	599 5.3	11 305 41.1
Primaria completa	382 7.2	2 809 52.9	1 139 21.4	936 17.6	47 .9	5 312 19.3
Secundaria incompleta	397 24.1	854 51.7	266 16.1	70 4.2	63 3.8	1 650 6.0
Secundaria completa	448 12.8	2 299 65.6	712 20.3	47 1.3		3 505 12.7
Bachillerato incompleto	80 7.8	630 62.0	295 29.0	2 .1	10 1.0	1 015 3.7
Bachillerato completo y educación técnica	322 11.1	1 770 61.0	752 25.9	53 1.8	5 .2	2 902 10.5
Educación superior o más	145 7.9	916 49.9	772 42.0		4 .2	1 837 6.7
Total de las columnas	3 581 13.0	13 740 49.9	6 101 22.2	3 379 12.3	727 2.6	27 527 100.0

La encuesta incluyó otros indicadores sobre tolerancia, pero no referidos a la vida pública o a la política, sino a las relaciones sociales, a la aceptación o rechazo de ciertos grupos o roles sociales, que pensamos que resulta interesante incluir en este trabajo (los datos aparecen en el cuadro 14). El promedio de los que están "Muy de acuerdo" es de 60%, contra 15% de los que rechazan radicalmente ese rol para la mujer. De una manera sistemática, lineal, la escolaridad disminuye las respuestas no tolerantes y eleva las tolerantes. Curiosamente, la cantidad de quienes no contestaron en estos casos fue muy baja. Pareciera que en el terreno de lo social la gente se siente más segura y participa más expresando su opinión. A pesar de los datos generalmente positivos, es necesario hacer hincapié en que, incluso entre los entrevistados con escolaridad correspondiente a la educación superior, los que

rechazan tajantemente ese rol de la mujer apenas superan el 50%, lo cual indica que hay otras variables, u otras agencias socializadoras que impiden mayores niveles de tolerancia. Las proposiciones fueron las siguientes: “Los homosexuales son personas que deben ser aceptados como cualquier otra persona”, “Se debe permitir el aborto a toda mujer que quiera hacerlo”, “La pena de muerte no es la solución para combatir crímenes graves”. Las respuestas mantienen la misma tendencia que la referente al rol de la mujer, pero en el caso de las dos últimas, la influencia de la escolaridad es muy pobre. Tanto el aborto como la pena de muerte son dos temas que polarizan y enfrentan con toda claridad a sectores de la sociedad, independientemente de su escolaridad; es decir, son temas en los que la tolerancia parece no ocurrir, pues se enfrentan definiciones morales excluyentes y muy arraigadas.

CUADRO 14

ESCOLARIDAD Y TOLERANCIA MEDIDA POR EL PORCENTAJE DE “MUY DE ACUERDO”  
CON LAS SIGUIENTES AFIRMACIONES: 1) “LA MUJER DEBE OCUPARSE DE SU CASA”; 2) “LOS HOMOSEXUALES DEBEN SER ACEPTADOS COMO CUALQUIER PERSONA”; 3) “SE DEBE PERMITIR EL ABORTO A TODA MUJER QUE QUIERA HACERLO”; 4) “LA PENA DE MUERTE NO ES LA SOLUCIÓN PARA COMBATIR CRÍMENES GRAVES”

<i>Escolaridad</i>	<i>Porcentaje de “Muy de acuerdo”</i>			
	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>	<i>4</i>
Hasta 5 años	8 783 77.7	3 348 29.6	853 7.5	4 267 37.8
Primaria completa	3 742 70.4	1 912 36.0	362 6.8	1 659 31.2
Secundaria incompleta	875 53.0	359 21.8	145 8.8	526 31.9
Secundaria completa	1 473 42.0	921 26.3	232 6.6	1 312 37.4
Bachillerato incompleto	449 44.3	298 29.4	52 5.1	306 30.1
Bachillerato completo y ed. téc.	991 34.1	1 089 37.5	326 11.2	897 30.9
Educación superior o más	262 14.3	1 052 57.3	310 16.9	784 42.7
Total de las columnas	16 576 60.2	8 980 32.6	2 280 8.3	9 750 35.4

Los indicadores sobre la tolerancia que hemos revisado nos indican otro rasgo del autoritarismo de la cultura política: la falta de capacidad de aceptar al que es diferente, de incluir como algo normal el conflicto y la disidencia. La falta de to-

lerancia se relaciona con las lealtades primarias, con la idea de comunidades excluyentes y manifiesta la baja “reflexividad”.

Finalmente, queremos presentar los resultados referentes a la oposición entre los derechos de los ciudadanos y los del gobierno, así como su relación con la escolaridad de los entrevistados. Ya habíamos señalado que la mayoría de los entrevistados mostró una fuerte preferencia por el estatismo frente a posiciones liberales o individualistas. Ahora veremos este tema con un poco de mayor detenimiento. Se preguntó a los entrevistados si “el gobierno de México debe o no debe tener derecho a: a) prohibir huelgas; b) prohibir la existencia de algún partido político; c) censurar periódicos, TV y radio y d) modificar los resultados electorales”. Los resultados son sorprendentes: 35% piensa que el gobierno sí debe tener derecho a prohibir huelgas; 20.5%, a prohibir algún partido político; 14%, a censurar los medios, y 20.2%, a cambiar los resultados electorales. Hay un sector importante de la sociedad que piensa que los derechos del gobierno pueden estar por encima de los derechos de los ciudadanos; si a ellos sumamos los que contestaron “No sabe” (o sea los que no tienen noción del Estado de derecho), estamos hablando de 25 a 40% de los entrevistados. La escolaridad presenta un efecto positivo pues fortalece la afirmación de los derechos de los ciudadanos frente al gobierno.

CUADRO 15

ESCOLARIDAD Y DERECHOS DEL GOBIERNO, MEDIDOS POR PORCENTAJE  
DE “SI EL GOBIERNO DEBE TENER LOS SIGUIENTES DERECHOS: 1) PROHIBIR  
HUELGAS; 2) IMPEDIR PARTIDOS POLÍTICOS; 3) CENSURAR MEDIOS;  
4) CAMBIAR LOS RESULTADOS ELECTORALES”

<i>Escolaridad</i>	<i>Porcentaje de “El gobierno debe tener derecho a”:</i>			
	<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>	<i>4</i>
Hasta 5 años	3 929 34.8	2 452 21.7	1 555 13.8	2 711 24.0
Primaria completa	1 884 35.5	1 352 25.4	959 18.1	1 504 28.3
Secundaria incompleta	492 29.8	341 20.7	389 23.5	326 19.8
Secundaria completa	1 320 37.7	575 16.4	427 12.2	694 19.8
Bachillerato incompleto	293 28.9	144 14.2	54 5.3	161 15.8
Bachillerato completo y educación técnica.	1 211 41.7	647 22.3	577 19.9	110 3.8
Educación superior o más	510 27.8	145 7.9	44 2.4	58 3.2
Total de las columnas	9 639 35.0	5 655 20.5	4 005 14.5	5 564 20.2

La información que hemos presentado sobre la relación entre la escolaridad y la cultura política nos permite obtener algunas conclusiones. En primer lugar, la cultura política de los mexicanos tiene una connotación claramente autoritaria, evidente en los públicos que muestran opiniones contrarias a la democracia, generalmente acríicas, las cuales constituyen la mayoría de la población de 18 años y más. Sólo un público pequeño muestra una cultura política cívica, con capacidad de pensar y decidir sus acciones de manera informada. Esta confirmación nos da una idea del enorme trabajo que se debe hacer para lograr nuevos consensos democráticos.

En segundo lugar, hemos podido comprobar que, tras las diferencias, hay un consenso que agrupa a la mayoría de los mexicanos, que los une alrededor de los símbolos patrios. Es decir, hay una clara identidad patriota que no parece haber sufrido ninguna mella. Sin embargo, en esta base hay aspectos como el estatismo y el cinismo político, reforzados por elementos afectivos que deben ser superados, como lo proponen los críticos del nacionalismo y los intelectuales que están reinterpretando nuestra historia. En otras palabras, dentro del núcleo básico pareciera haber una serie de valores autoritarios compartidos por todos los mexicanos, que se erigen como obstáculos para una nueva cultura democrática.

En tercer lugar, hemos visto que el efecto de la educación en la definición de la cultura política es complejo. Parece pobre en lo referente a sus aspectos afectivos, la definición del núcleo básico, aun cuando parece jugar una función de reforzamiento en esa identidad. Encontramos un efecto no lineal de la escolaridad en lo referente a lo evaluativo y a la conformación de los valores democráticos; pero en la definición de la dimensión cognoscitiva resulta fundamental dar al individuo la capacidad de conceptualizar la política, de pensarla y, en consecuencia, actuar racionalmente.

En cuarto lugar, la información presentada parece indicar que la dimensión cognoscitiva es la base para la construcción del nuevo consenso democrático, pues sólo la crítica personal, el ejercicio de la autonomía, posibilita el cambio de valores mediante la reflexividad de los actores. Los datos indican que la socialización en valores, sin la capacidad crítica, conduce a resultados poco satisfactorios, cuando no negativos, como vimos en las imágenes falsas sobre la existencia de la democracia en México.

En quinto lugar, hemos visto que los efectos de la educación sobre la capacidad crítica, la posibilidad de conceptualizar, parece ser adquirida de manera amplia a partir de los estudios de bachillerato. Pareciera demasiado tarde o, al menos, durante la primaria y la secundaria se pierde tiempo para lograr este propósito. Sin duda resulta indispensable que la capacidad de pensar, el adiestramiento en el manejo del pensamiento abstracto, sea transmitida a los alumnos en etapas más tempranas que el bachillerato. La educación debe desempeñar un papel más significativo que el que actualmente desempeña.

En conclusión, podemos afirmar que el sistema educativo mexicano, en especial el ciclo básico, ha sido fuente de transmisión de la cultura política autoritaria y ha realizado los objetivos ideológicos de los gobiernos posrevolucionarios, en especial a partir de los años veinte. La vieja coherencia entre los valores autorita-

rios —entre la ambigüedad de lo formal y lo real— y la capacidad crítica sometida al pensamiento posrevolucionario, debe dejar paso a una nueva coherencia, sin ambigüedades, entre lo formal y lo real: la socialización que transmite la educación pública debe cambiar su contenido. La democratización del país entraña una transformación del sistema educativo y un cambio en los valores que se transmiten a los alumnos.

## V. LA EDUCACIÓN Y LOS VALORES EN EL NUEVO CONTEXTO

Desde el punto de vista de la cultura política, no parece problemático señalar cuáles son los valores políticos que deberían ser impulsados desde el sistema educativo. En el análisis que realizamos en el apartado anterior están implícitos dichos valores en la comparación entre autoritarismo y democracia: tolerancia, adhesión democrática, confianza interpersonal y en las instituciones políticas; eficiencia o competencia del individuo en la participación, apego a los valores patrios (patriotismo) y generación de una identidad nacional; aceptación del conflicto como algo natural que puede ser resuelto conforme a reglas predeterminadas; apego al Estado de derecho, en especial al respeto a los derechos humanos, etcétera. El problema es saber si con ese señalamiento basta; creemos que no. Ya vimos que la relación entre educación, medida por la escolaridad, y cultura política es complicada, que dista mucho de ser una relación lineal, no problemática, como se le suele tratar en los textos sobre cultura política. Vimos también que las distintas dimensiones del proceso educativo y de la propia cultura política dan lugar a procesos específicos que pueden ser complementarios, pero también opuestos. Aun en el plano de los valores debemos preguntarnos si basta con impulsar el desarrollo de la democracia liberal, con su inevitable secuela de individualismo, o si, por el contrario, se debe insistir en la democracia social, en la solidaridad, en la necesidad de que el desarrollo social sea una meta de la sociedad, no del Estado o del gobierno: ¿podemos construir una comunidad en donde la fraternidad no sea víctima de la libertad y de la igualdad en sentido jurídico, como ciudadanos iguales ante la ley?

Debemos partir del hecho de que los valores no tienen validez fuera de la sociedad en que funcionan como reglas de conducta, por lo tanto no tienen un sustento trascendental y no son universales,<sup>29</sup> salvo en el caso de que realmente funcionen en todas las sociedades por voluntad de ellas. Se trata de construir, de crear los consensos sociales para su aceptación y funcionamiento y para ello no existe otra posibilidad que la interacción dialógica; no se trata sólo de socializar, sino de aprender a usarlos críticamente.

El uso de los valores como regla entraña siempre una reflexión: los individuos monitorean su acción, deciden cómo usar qué regla y cuándo. La reflexividad es

<sup>29</sup> León Olivé, "Multiculturalismo: ni universalismo ni relativismo", ponencia presentada en el Seminario en homenaje a Fernando Salmerón, México, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, noviembre, 1995.

indisociable de la acción social y esto hace que los individuos sean competentes para interactuar en su medio. Así, los valores no son reglas fijas, como las del ajedrez, sino más bien como fórmulas que hay que despejar en cada caso. Esto es válido incluso para los valores prescriptivos, como no matar, al cual siempre se agregará “salvo en defensa propia”, por lo que habrá que despejar qué es “en defensa propia”. En el caso de los valores relacionados con la vida pública, con la política, lo anterior se observa más claramente. Queremos ejemplificarlo con algunos valores políticos centrales como la tolerancia, la justicia y la democracia.

La tolerancia surge frente a problemas de opinión y rige necesariamente en los espacios de la subjetividad. Hay que tolerar que los demás opinen diferente, pero ¿en qué medida? Las respuestas señalan que no hay que tolerar a los intolerantes, pero entonces ¿qué toleramos?: sólo a los que están más o menos de acuerdo con nosotros. El problema es más complicado. André Comte-Sponville<sup>30</sup> nos dice que la Biblia no es demostrable o comprobable, por ello se cree en ella o se tolera que se crea en ella; pero si toleramos que se crea en la Biblia, aunque uno no crea, ¿por qué no vamos a tolerar que se crea en *Mi lucha*, de Hitler, y toleramos el fascismo y la tortura? Es obvio que la tolerancia universal sería un desastre, abandonaría a las víctimas a su suerte: sería la tolerancia de lo atroz. Así, al llevar al extremo la tolerancia se acaba por negarla a sí misma. Por lo tanto, sólo vale dentro de ciertos límites, los cuales están fijados por la defensa de los consensos básicos. Por ejemplo, se puede tolerar a los intolerantes con la democracia, siempre y cuando no pongan en peligro al régimen; si lo hacen, debe combatírseles. La tolerancia no es pasividad, así como la democracia no es debilidad. La tolerancia es una sabiduría que supera al fanatismo, ese “terrible amor a la verdad”. Se ama a la verdad sin fanatismos cuando reconocemos que nunca es absoluta, que nunca se le puede obligar a nadie a aceptarla en contra de su voluntad, cuando se sabe distinguir entre verdad y valor, entre lo verdadero y el bien. Aun cuandouviésemos acceso a la verdad absoluta, ello no nos permitiría obligar a nadie a respetar los mismos valores, y por lo tanto a vivir de la misma manera. Como dice nuestro autor: “Sin considerar que a veces es necesario tolerar lo que no se quiere ni se ama, la falta de respeto no siempre es una falla; lejos de eso, y ciertos odios están bien próximos a ser virtudes. Está lo intolerable que cabe combatir, pero también está lo tolerable que, con todo, es despreciable y detestable. La tolerancia dice todo eso, o por lo menos lo autoriza”.<sup>31</sup> Así pues, la tolerancia no resulta nada automático; exige criterio para ser aplicada, exige un monitoreo para saber cuándo es conveniente y cuándo no. La tolerancia sin criterio es pasividad.

Lo mismo encontramos con la justicia. La justicia tiene dos sentidos: como conformidad al derecho y como igualdad o proporción. En el primer caso, la ley es la ley, sea justa o no. Pero si ella no es lo justo, entonces nos remite al segundo sentido. Ya no a la justicia como hecho (la legalidad), sino como valor (la igualdad, la equidad) o virtud. Este segundo enfoque concierne más a la moral que al derecho. Cuando la ley es injusta hay que combatirla e, incluso, puede ser justo

<sup>30</sup> André Comte-Sponville, *Pequeno Tratado das Grandes Virtudes*, Martín Fontes, São Paulo, 1995.

<sup>31</sup> *Idem.*, p. 189.



a veces violarla: “[...] la moral viene antes, la justicia viene antes, al menos cuando se trata de lo esencial: la libertad de todos, la dignidad de cada uno y los derechos, en primer lugar, de los demás”.<sup>32</sup> Encontramos lo mismo: para ser justo se requiere criterio, reflexionar sobre la situación; nadie es justo de manera mecánica.

Finalmente, sobre la democracia (y para no alargarnos demasiado), se puede afirmar que el ser demócrata, amar a la democracia, requiere como elemento central, como dice Adam Przeworski, amar la incerteza. Aceptar la existencia del conflicto entre las personas y entre partes de la sociedad es aceptar que el conflicto tiene múltiples desenlaces, es aceptar la ambigüedad. Resulta pues, una forma de interactuar en donde se requiere pensar, estar dispuesto a cambiar, etcétera.

Lo fundamental en la educación de valores políticos es enseñar a reflexionar, a pensar, y así contribuir a que el individuo sea autónomo y libre.

Ahora bien, pensar, ser autónomo, es fundamental para crear consensos activos en los que el individuo cuenta, elige; pero ello no significa que se aseguren los nuevos valores que deben regir a nuestra sociedad. Éstos no son producto simple de la razón sino una construcción social, y ésta opera en condiciones dadas.

En la actualidad esas condiciones están determinadas por la problemática que presentamos en los primeros apartados. Vimos que en la globalización parecen promoverse valores contradictorios. Por una parte, el individualismo extremo, el reino del egoísmo, es tomado como la piedra de toque de la construcción social: su participación en el mercado es el medio de la construcción de un orden social racional. Junto a ello se defienden los valores clásicos del liberalismo, el Estado de derecho y la democracia limitada, es decir, separada de la administración pública. Se elige a los gobernantes, se les puede cambiar en la próxima elección; pero no se debe participar en la toma de decisiones. Por otra parte, sectores públicos y privados promueven los valores colectivos como la paz, el respeto a la ecología y el desarrollo sustentable, la solidaridad con los más pobres, el respeto a los derechos de las comunidades, el establecimiento de regímenes democráticos más participativos, de sistemas políticos que incluyan a las autonomías, con una reforma del Estado que permita su politización. Es decir, la participación de la sociedad en la toma de decisiones y en la administración de los recursos públicos.

En cada sociedad, estos valores políticos no son del todo nuevos; algunos se anclan en añejas tradiciones que han sido marginadas durante décadas, incluso siglos, como es el caso de los gobiernos indios ahora puesto en la orden del día de la globalización por el movimiento del EZLN. El trabajo de Fukuyama<sup>33</sup> ha mostrado que las sociedades tienen diferentes regímenes de confianza mediante los cuales se construyen organizaciones sociales e incluso formas de organización empresarial. Aquí está la importancia de lo particular, de lo local y de su articulación con el resto del mundo. La inserción en el mundo globalizado se realiza en cada caso partiendo de esas tradiciones, de esos valores fuertemente cimentados, como los valores patrios, los valores étnicos, los regímenes de confianza, las ideologías na-

<sup>32</sup> *Idem.*, p. 74.

<sup>33</sup> Francis Fukuyama, “Capital social y economía global”, *Este País*, núm. 59, México, febrero de 1996.

cionalistas o los valores religiosos, más una adopción activa de los nuevos valores del mundo internacionalizado.

Ahora bien, la formación de los nuevos consensos no será producto de políticas públicas unilaterales o de la imposición de alguna clase o grupo social. Sin duda será producto de una lucha entre los actores o las corrientes que pregonan los distintos valores, de su negociación, de los acuerdos, de los pactos.

La imposición de valores a la sociedad en el pasado, como el credo liberal en el siglo XVIII o el nacionalismo revolucionario en la época posrevolucionaria, sólo crearon culturas superpuestas. El fracaso del liberalismo en México tal vez sea el caso más evidente,<sup>34</sup> pero lo mismo se puede afirmar sobre el credo democrático de la Constitución de 1917 y la realidad autoritaria del régimen posrevolucionario. No se trata de modernizar a la fuerza, como han querido hacerlo los tres últimos gobiernos, obligando a la población a asumir los “nuevos y verdaderos” valores. Por el contrario, se trata de construir un nuevo orden social que rescate sus raíces y las fusione con los valores democráticos y solidarios, con los requerimientos de eficiencia y competitividad propios del mundo actual. Dicha tarea es propia de todos los sectores sociales, no sólo de los que ya han emprendido la lucha contra el viejo orden, como los intelectuales que denuncian el carácter autoritario del nacionalismo mexicano, de los distintos movimientos sociales que han bregado por la modificación de la realidad en ámbitos determinados, o los partidos políticos empeñados en la democratización del sistema político mexicano y, por supuesto, por los grupos gobernantes.

En este contexto, las instituciones educativas —al igual que otras instituciones como los medios de comunicación de masas— aparecen como espacios privilegiados de esa lucha, en donde se enfrentarán no sólo los actores internos (como grupos de profesores, sindicatos y autoridades gubernamentales) sino también otras instituciones como las iglesias, los grupos empresariales, los partidos políticos y las organizaciones sociales, interesadas en que sus valores sean los que priven en los procesos educativos, que sean esos valores y no otros los que den contenido a los procesos de socialización.

Ya mostramos que preservar la actual estructura y su contenido significa reproducir el autoritarismo del sistema político y de la cultura política de los mexicanos. Debe ser transformado para que las nuevas generaciones sean socializadas en los nuevos valores entre los cuales se debe lograr una nueva coherencia entre lo real y lo normativo, poner fin a la ambigüedad entre lo formal y lo operante. Los valores como la tolerancia, la justicia, la democracia, la solidaridad, deben ir acompañados de la formación crítica para que el alumno sepa discernir si existen o no, si se están violando o si se cumplen, y sobre todo que son los derechos de la población, de todos los ciudadanos y comunidades, y que es deber de ellos reclamar su cumplimiento como parte de una sociedad democrática.

<sup>34</sup> La bibliografía al respecto es muy amplia, pero puede consultarse el trabajo de François Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, o el trabajo de Marcelo Carmagnani, *El regreso de los dioses, el proceso de reconstrucción de la identidad étnica en Oaxaca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988. El término de la “segunda conquista” es especialmente revelador de lo que pasó.